

ganza del cielo. ¡Tan profundamente grabada tenían en su espíritu la idea de la necesidad de reparacion, y de restablecer el equilibrio moral con el castigo de los contraventores!

230. En este caso, como en todos los demas, se hallan en pro de la verdad, la razon, el sentido comun, los sentimientos, las costumbres, la conciencia del género humano, la legislación, las tradiciones primitivas: la verdad, que es la realidad, se halla en armonía con las otras realidades; el error, que es la ficcion humana, choca con todo, y no puede descender al campo de los hechos sin desvanecerse como el humo.

231. Nótese bien que al combatir la doctrina contraria, no me propongo sostener que las penas no hayan de ser correccionales; por el contrario, afirmo que en cuanto sea posible, no debe el legislador perder nunca de vista un objeto tan importante. El carácter espiatorio se realza y embellece, cuando á mas de ser una justa reparacion en el órden moral, es un medio para la enmienda del culpable: ¿qué mas puede desear el legislador que reparar el desórden en sí mismo, y restituir al órden al que lo habia infringido? Las leyes humanas deben proponerse este objeto, en cuanto sea compatible con la justicia; imitando en ello á la ley divina, la cual no castiga sino para mejorar, escepto el caso en que, llenada la medida, cierra el Juez supremo los tesoros de su misericordia y descarga sobre el culpable el formidable peso de la justicia.

232. La mayor parte de los desórdenes llevan consigo cierta pena en sus efectos naturales: la gula, la embriaguez, la destemplanza, la pereza, la ira, todos los vicios producen males físicos que pueden considerarse como otras tantas penas que al propio tiempo nos sirven de freno contra el desórden, y de paternal amonestacion para que no nos apartemos del camino de la virtud. Dios ha establecido en nuestra misma organizacion un sistema penal de correccion, castigando el desórden con el dolor, y haciendo necesarias las privaciones para el restablecimiento del órden. El gloton satisface su apetito desordenado; pero sufre en consecuencia las molestias y dolores de la indigestion; siendo notable que la ley física de su restablecimiento es una privacion: la dieta. En los demas vicios hallamos un órden semejante: la pena tras el delito; la privacion del goce, para curar el mal físico; así las leyes mismas de la naturaleza nos ofrecen una serie de penas correccionales y espiatorias, manifestándose en esto la sabiduría que ha presidido al órden físico y moral, é indicando que es una sola mano la que lo ha arreglado todo, pues que entre cosas tan diferentes hallamos tal enlace, tal concierto y armonía.

CAPITULO XXVIII.

Inmortalidad del alma. Premios y penas de la otra vida.

233. Por el órden mismo de la materia, nos hallamos conducidos á tratar de los premios y penas de la otra vida, lo cual se liga con la inmortalidad del alma, y demas doctrinas religiosas. ¿A qué se reduce la religion, si despues de esta vida no hay nada? Si el alma muere con el cuerpo, es inútil hablarle al hombre de moral y religion: este seria el caso en que sin duda respondera: comamos y bebamos, que mañana moriremos. En la fugacidad de la vida, en ese bello sueño que pasa y desaparece, los instantes de placer son pre-

ciosos, si á ello se limita nuestra existencia; no hay entonces razon alguna para dejar de aprovecharlos; la conducta epicúrea es consecuencia muy lógica de las doctrinas que niegan la inmortalidad del alma.

234. Así como el principio de una cosa puede ser por creacion ó por formacion, segun que empieza de nuevo en su totalidad, ó se compone de algo que antes ecsistia; así tambien el fin puede ser por aniquilamiento ó por disolucion, segun que se reduce á la nada, ó se descompone por la separacion de las partes. Una máquina no empieza en su totalidad absoluta, cuando se la construye; pues que sus partes ecsistian ya de antemano; y cuando se deshace no se anonada, pues sus partes continúan ecsistiendo, aunque separadas, ó al menos sin la disposicion en que antes estaban.

Lo simple no puede empezar por formacion ó composicion, ni acabar por disolucion; si no hay partes, claro es que no pueden reunirse, ni separarse, ni desordenarse: lo simple empieza ó acaba en su totalidad. De esto se infiere evidentemente que el alma humana siendo simple, no puede acabar por descomposicion; y así la muerte del cuerpo no la destruye. Ella no tiene ningun germen de disolucion; porque no encierra diversidad ni distincion en su sustancia; por tanto es preciso decir, ó que dura para siempre ó que Dios la aniquila. La psicología nos demuestra la inmortalidad intrínseca ó sea la imposibilidad de perecer por disolucion; ahora, para probar la inmortalidad estrínseca, esto es, que Dios no la anonada, es preciso echar mano de otra clase de argumentos.

235. La esperiencia nos enseña que las sustancias corpóreas no se aniquilan, sino que pasan de un estado á otro. Las moléculas que las componen están en continuo movimiento; se hallan en las entrañas de la tierra, despues se combinan con la organizacion vegetal, y forman parte de una planta; cuando esta muere, continúan bajo la forma de madera; esta se pudre ó se quema, y las moléculas se dispersan para entrar en nuevas combinaciones en el reino vegetal ó animal; de suerte que las sustancias corpóreas recorren un círculo de trasformacion, mas no se anonadan. ¿Cuál de los dos seres es mas noble, mas digno, por decirlo así, de los cuidados del Criador, una molécula sin voluntad, sin pensamiento, sin sentido, sin vida, sujeta á las leyes necesarias, ó un ser inteligente, libre, capaz de dilatar indefinidamente sus ideas, y sobre todo de conocer y amar á su Autor? La respuesta no es dudosa: luego el sostener que el alma se reduce á la nada, es invertir el órden del mundo, suponiendo que lo inferior se conserva y lo superior se acaba; y que Dios se complace en conservar lo inerte y en anonadar lo inteligente y libre.

236. El hombre tiene un deseo innato de la inmortalidad: la idea de la nada le contrista; y es harto evidente que su deseo no se satisface en esta vida, que, por su estremada brevedad, es comparada con razon á un sueño. Si el alma muere con el cuerpo se nos habrá dado un deseo natural, cuya satisfaccion nos será del todo imposible; esto es contrario á la sabiduría y bondad del Criador: Dios castiga á los culpables, pero no se complace en atormentar á sus criaturas con irrealizables deseos.

Se dirá que aun en esta vida deseamos muchas cosas que no podemos conseguir, y que sin embargo nada se infiere contra la bondad y sabiduría de Dios. Pero es preciso reflexionar, que la inmensidad de los deseos que en vida experimentamos, aunque varios, y con harta frecuencia extraviados, se dirigen todos á la felicidad: esto busca el sábio como el necio, el virtuoso co-

mo el corrompido ; unos por camino verdadero, otros por errado ; el resorte natural es el mismo en todos ; el deseo de ser feliz. Si hay otra vida , estos deseos pueden cumplirse todos, no en lo que tienen de malo, y á veces de contradictorio, sino en lo que encierran de amor á la felicidad ; y por tanto quedan á salvo la bondad y la sabiduría de Dios ; pero si el alma muere con el cuerpo, no se satisface ni lo legítimo ni lo ilegítimo ; ni lo razonable ni lo necio ; y tantos deseos vehementes é indestructibles se han dado al hombre para llegar, ¿ á qué ? á la nada.

237. Supuesta la inmortalidad del alma no se ve inconveniente en que la suerte del hombre haya sido encomendada á su libertad ; y que, grabado en su espíritu el deseo de ser feliz, se le haya otorgado la facultad de buscar esta dicha de varios modos, para que si no la encontrase, la responsabilidad fuera suya: así se explica por qué unos aman las riquezas, otros los placeres, otros la gloria, otros el poder, buscando la felicidad en objetos que no la encierran: en tal caso, suya es la culpa ; el deseo de ser feliz es natural ; pero el carácter de inteligentes y libres escogía que esta felicidad fuese el fruto de nuestras obras, que llegásemos á ella por el conocimiento y la libre voluntad, y no por una serie de impulsos necesarios. Cuando los deseos no se satisfacen en esta vida, ó en vez de gozo, hallamos sinsabores ; y en lugar de placeres, dolor ; no podemos quejarnos de Dios, que nos ha sujetado á estas leyes para nuestro propio bien ; y si aun siendo moderados y lícitos, nuestros deseos no se satisfacen sobre la tierra, tampoco hay lugar á queja, porque no siendo esta nuestra mansion final, y habiendo de vivir para siempre en otra, la vida de la tierra es un mero tránsito, y cuanto sufrimos aquí no es mas que una ligera incomodidad que arrostra gustoso el viajero para llegar á su patria. Pero todo esto desaparece si el alma muere con el cuerpo ; entonces no hay ninguna explicacion plausible : deseamos con vehemencia, y no podemos llenar los deseos ; aunque los moderemos, ajustándolos á razon, tampoco se cumplen ; las privaciones que sufrimos no tienen compensacion en ninguna parte ; nuestra vida es una ilusion permanente, nuestra existencia una contradiccion. El no ser nos horroriza, la inmortalidad nos encanta ; deseamos vivir, y vivir en todo : antes de abandonar esta tierra, queremos dejar recuerdos de nuestra existencia. El poderoso construye grandes palacios, que él no habitará ; el labrador planta bosques que no verá crecidos ; el viajero escribe su nombre en una roca solitaria que leerán las generaciones venideras ; el sábio se complace en la inmortalidad de sus obras ; el conquistador en la fama de sus victorias ; el fundador de una casa ilustre en la perpetuidad de su nombre : y hasta el humilde padre de familias se lisonjea con el pensamiento de que vivirá en sus descendientes y en la memoria de sus vecinos ; el deseo de la inmortalidad se manifiesta en todos de mil maneras, bajo diversas formas, pero no es posible arrancarle del corazon: y este deseo inmenso, que vuela al traves de los siglos, que se dilata por las profundidades de la eternidad, que nos consuela en el infortunio y nos alienta en el abatimiento ; este deseo que levanta nuestros ojos hácia un nuevo mundo, y nos inspira desden por lo perecedero, ¿ solo se nos habria dado como una bella ilusion, como una mentira cruel, para dormirnos en brazos de la muerte y no despertar jamas? No, esto no es posible ; esto contradice á la bondad y sabiduría de Dios ; esto conduciria á negar la Providencia, y de aquí al ateísmo.

238. En el hombre todo anuncia la inmortalidad. Sus ideas no versan sobre lo contingente, sino sobre lo necesario ; no merece á sus ojos el nombre de ciencia lo que no se ocupa de lo necesario, y por consiguiente eterno. Los fenómenos pasajeros forman el objeto de sus observaciones para llegar al conocimiento de lo permanente ; tiene fija su vista á lo que se sucede en la cadena de los tiempos ; pero es para elevarse á lo que no pasa con el tiempo. En su propia mente encierra un mundo ideal, necesario: las ciencias matemáticas, ontológicas y morales, precinden de las condiciones pasajeras ; se forman de un conjunto de verdades eternas, indestructibles, que ni nacieron con el mundo ni perecerian pereciendo el mundo. Siendo esto así, ¿ que misterio, qué contradiccion es el espíritu del hombre, si tanamía amplitud solo se le ha concedido para los breves momentos de su vida sobre la tierra ? Semejante suposicion, ¿ no nos haria concebir la idea de un ser maléfico que se ha complacido en burlarse de nosotros ?

239. En confirmacion de este mismo argumento hay otra consideracion de mucha gravedad. La mayor parte de los hombres se fijan poco en esas ideas grandes que forman las delicias de una vida mediatubunda. Ocupados en sus tareas ordinarias, faltos de tiempo y preparacion para pensar sobre los secretos de la filosofia, dejan correr sus dias sin desenvolver sus facultades intelectuales, mas allá de lo necesario para el objeto de su estado y profesion. Considerando á la humanidad desde este punto de vista, se nos ofrece como un caudal inmenso de fuerzas intelectuales y morales, del que no se emplea en la tierra mas que una parte insignificante, comparada con la totalidad. Si el alma sobrevive al cuerpo, se concibe muy bien que estas facultades no se desenvuelvan aquí en su mayor parte ; les espera la eternidad, donde podrán ejercer sus funciones en grande escala ; y entonces el género humano se parece á un viágero, que durante el viage lleva arrolladas y escondidas las preciosidades que luego desplegará y empleará cuando llegue á su casa. Pero si el alma no tiene mas vida que esta, ¿ de qué sirve tanto caudal de fuerzas intelectuales y morales ? ¿ qué sabiduría fuera la que criase lo que no habia de servir ? Tanto valdria pretender que obra cuerdamente el labrador que esparce sobre la tierra la semilla en grande abundancia, sabiendo que solo han de brotar pocos granos, y queriendo destruir los tallos antes que lleguen á sazón.

240. Los destinos de la humanidad sobre la tierra no sirven á explicar el misterio de la vida, si esta se acaba con el cuerpo. Es verdad que el linage humano ha hecho cosas admirables trasformando la faz del globo, y que probablemente las hará mayores en adelante ; es cierto que se nos ofrece á manera de un gran individuo encargado de representar un inmenso drama, cuyos papeles están repartidos entre las varias naciones, y de los cuales le corresponde tambien una pequeñísima parte á cada hombre particular ; pero este drama tiene un sentido si la vida presente se liga con una vida futura, si los destinos de la humanidad sobre la tierra están enlazados con los de otro mundo ; de lo contrario, no. En efecto : reflexionando sobre la historia, y aun sobre la esperiencia de cada dia, notamos que en el curso general de los destinos humanos, los acontecimientos marchan sin consideracion á los individuos ni aun á los pueblos : pueblos é individuos son como pequeñas ruedas del gran movimiento, duran un instante, luego desaparecen por sí mismos ; y si alguna vez embarazan son aniquilados. Considerad el desar-

rollo de una idea, de una institucion, un elemento social cualquiera: aparece como un gérmen apenas visible, y se estiende, se propaga hasta dominar vastos paises por dilatados siglos. Pero ¿á qué costa? A costa de mil ensayos inútiles, tentativas erradas, angustias, guerras, devastacion, desastres de todas clases. La civilizacion griega se estiende por el Oriente; las luces se difunden; los pueblos puestos en contacto se desarrollan y adquieren nueva vida; es verdad; pero medid, si alcanzais, la cadena de infortunios que este adelanto cuesta á la humanidad; recorred las épocas de Filipo, Alejandro y sus sucesores, hasta que invaden el Oriente las legiones romanas. Roma da unidad al mundo, contribuye á su civilizacion, es cierto; pero mientras contemplais este cuadro veis diez siglos de guerras y desastres; rios de lágrimas y sangre. Los bárbaros del Norte salen de sus bosques, y sus razas llenas de vida, rejuvenecen las de pueblos degenerados; de aquellas hordas se formarán con el tiempo las brillantes naciones que cubren la faz de la Europa; es verdad; pero antes de llegar á este resultado trascurrirán otros diez siglos de calamidades sin cuento; los árabes dominan el Mediodía, y trasmiten á la civilizacion europea algunas luces en las ciencias y en las artes; ¿pero á qué precio las compra la humanidad? con ocho siglos de guerra. La civilizacion progresa; viene el siglo de los descubrimientos: las Indias Orientales y Occidentales reciben nueva vida; ¿pero á qué precio? Fijad si podeis la vista en los cuadros de horror que os ofrece la historia. La Europa llega al siglo XVI; es sábia, culta, rica, poderosa; todavía la sangre se continuará vertiendo á torrentes, acaudillando grandes ejércitos, Gonzalo de Córdoba, Carlos V, Gustavo, Luis XIV, Napoleon!... y ¿qué hay en el porvenir?

En esas revoluciones inmensas con las cuales recorre la humanidad la vasta órbita de sus movimientos, los individuos, los pueblos, las generaciones, parecen nada; los individuos sufren y mueren á millones, los pueblos son victimas de grandes calamidades, y á veces dispersados ó estérminados. Concibiendo la vida de la humanidad sobre la tierra, como el tránsito para otra; viendo en la cúspide del mundo social á la Providencia enlazando lo terreno con lo celeste, lo temporal con lo eterno, se comprende la razon de las grandes catástrofes: porque solo descubrimos en ellas los males de un momento, encaminados á la realizacion de un designio superior; pero si el alma muere con el cuerpo, ¿á que esos padecimientos privados y públicos? ¿á qué el haber puesto sobre la tierra una débil criatura para hacerla sufrir y morir? ¿Dónde está la compensacion de tantos males? ¿dónde el objeto de tan desastrosas mudanzas?

Se dirá que la compensacion se halla en el adelanto social; que el objeto es la perfeccion de la sociedad; pero esta respuesta es altamente fútil, si no suponemos la inmortalidad del alma. La sociedad en sí no es otra cosa que un todo moral; considerada con abstraccion de los individuos es un ser abstracto; ella es inteligente cuando ellos lo son; es moral cuando ellos lo son; es feliz cuando ellos lo son. La inteligencia, la moralidad, el bienestar de la humanidad, no es otra cosa que la suma de estas cualidades que se halla en los hombres. Por estas consideraciones se echa de ver que el individuo, aunque pequeño, no puede desaparecer delante de la sociedad; es infinitésimo si se quiere, pero de la suma de esos infinitésimos la sociedad se integra. Ahora bien, si la adquisicion de una idea para la humanidad ha costado á un

número inmenso de sus individuos el vivir entre continuas turbaciones que les produjeren la ignorancia; si la conquista de una mejora moral ha costado á muchas generaciones la agitacion y la esclavitud; si el adelanto material lo han pagado una larga serie de generaciones con guerras, incendios, devastacion, males sin cuento; ¿qué vienen á significar esos bienes, esas mejoras y adelantos? Y cuando se reflexiona que las generaciones que disfrutaban de las adquisiciones de los pasados, trabajan, y sufren y mueren, por adquirir para los venideros, se nos presenta el género humano como una serie de operarios que trabajan, y se afanan, y sufren, y mueren para una cosa ideal, para un ser abstracto que llaman la sociedad, presentando una evolucion sin término, sin objeto, sin ninguna razon que justifique sus trasformaciones incesantes.

La humanidad es un sublime y grande individuo moral, cuando se reconoce á sus miembros la inmortalidad y se los considera pasando sobre la tierra para llegar á otro destino. Sin esto, el mismo progreso humanitario es una especie de sima sin fondo, donde se precipitan las generaciones sucesivas, sin saber por qué, ni para qué; un mar sin limites adonde llevan su caudal los individuos y los pueblos, perdiéndose luego en su inmensidad, como las aguas de los rios en los abismos del Oceano.

241. Cuando se finge por un momento que el alma es mortal, se apodera del corazon una profunda tristeza al fijar la vista sobre el breve plazo señalado á nuestra vida. Duélese el hombre de haber visto la luz del dia. Hoja que el viento lleva, arista que el fuego devora, flor de heno secada por el aliento de la tarde; ¿quién le ha dado el conocer con tanta estension y amar con tanto ardor, si sus ojos se han de cerrar para no abrirse jamas, si su inteligencia se ha de extinguir como una centella que serpea y muere; si mas allá del sepulcro no hay nada, sino soledad, silencio, muerte por toda la eternidad?... ¿Quién nos ha dado ese apego á nuestros semejantes si nos hemos de separar para siempre? ¿Quién nos inspira que tanto nos ocupemos de lo venidero, si para nosotros no hay porvenir, si nuestro porvenir es la nada? ¿Quién nos mece con tantas esperanzas si no hay para nosotros otro destino que la lobreguez de la tumba? ¡Ay, que triste fuera entonces el haber visto la luz del dia, y el sol inflamando el firmamento, y la luna despidiendo su luz plácida y tranquila, y las estrellas tachonando la bóveda celeste como los blandones de un inmenso festin; si al deshacerse nuestra frágil organizacion no hay para nosotros nada, y se nos echa de este sublime espectáculo para arrojarnos á un abismo donde durmamos para siempre!

242. No, no es así; este es un pensamiento sacrilego, una palabra blasfema. Si así fuese no habria Providencia, no habria Dios; el mundo fuera una serie de fenómenos incomprensibles; una evolucion perenne de acontecimientos sin objeto; una fatalidad ciega que seguiria su camino por las inmensidades del espacio y del tiempo, sin origen, sin objeto, sin fin, sin conciencia de sí propia; un ser misterioso que arrojaría de su seno infinidad de seres con inteligencia, con voluntad, con amor y con inmensos deseos; y que luego los absorbería de nuevo en sus abismos, como una sima que traga en sus profundidades tenebrosas los plateados y resplandecientes lienzos de una vistosa cascada. Entonces el mundo no seria una belleza, no el *cosmos* de los antiguos, sino el caos; una especie de fragua donde se elaboran en confusa mezcla los placeres y los dolores, donde un ímpetu ciego lo lleva todo en revuelto

torbellino, donde se han reservado para el ser mas noble, para el ser inteligente y libre, mayor cúmulo de males, sin compensacion ninguna; donde se han reunido en sintesis todas las contradicciones: deseo de luz y eternas tinieblas; expansion ilimitada y silencio eterno; apego á la vida y muerte absoluta; amor al bien, á lo bello, á lo grande, y el destino á la nada; esperanzas sin fin, y por dicha final un puñado de polvo dispersado por el viento.

¿Quién puede asentir á un sistema tan absurdo y tan desconsolador? En medio del orden, de la armonía que admiramos en todas las partes de la creacion, ¿quién podrá persuadirse que el desorden y el caos solo ecsistan con relacion á nosotros? ¿Quién no aparta con horror la vista de ese cuadro desesperante?

243. Hagamos la contraprueba: empecemos por admitir la inmortalidad del alma; y el caos se aclara; del fondo de sus tinieblas surge la luz, y el mundo se presenta otra vez ordenado, bello, resplandeciente. Se explica la inmensidad de nuestros deseos, porque se pueden llenar; se explica la extension de nuestra inteligencia, porque se ha de dilatar un dia por un mundo sin fin; se explica la necesidad de las ideas, porque desde que nacemos empezamos la comunicacion con un orden inmortal; se explica la alternativa de los placeres y dolores, porque lo que falta en esta vida se compensa en la otra; se explican en las evoluciones y las catástrofes de la humanidad sobre la tierra, porque se ligan con destinos eternos; se explican los sufrimientos de los individuos en esas trasformaciones, porque su vivir no acaba con el cuerpo; se explica el bien de la sociedad considerado en sí mismo, porque es un grande objeto intentado por la Providencia, para enlazar lo pasado con lo venidero, la tierra con el cielo, el tiempo con la eternidad. El orden, la armonía, la razon, la justicia, brillan bajo la influencia de esta idea consoladora; y el universo, lejos de ser un caos, es un conjunto admirable, una sociedad inmortal de los seres inteligentes y libres, entre sí y con su Criador; en la cúpula de este vasto conjunto, resplandece el destino del hombre en aquella ciudad inmortal, iluminada por la claridad de Dios, y que con rasgos sublimes nos describiera el profeta de Patmos.

El orden moral se explica tambien con la inmortalidad: el bien tiene su premio, y el mal su castigo; sobre la dicha del culpable pende la muerte como una espada; á sus piés el abismo de la eternidad; si la virtud está algunas veces abrumada de infortunio y marchando sobre la tierra entre la pobreza, la humillacion y el sufrimiento, levanta al cielo sus ojos llorosos, y endulza sus lágrimas con un pensamiento de esperanza.

Así es, así debe ser; así lo enseña la razon; así nos lo dice el corazon; así lo manifiesta la sana filosofia; así lo proclama la religion; así lo ha creído siempre el género humano; así lo hallamos en las tradiciones primitivas, en la cuna del mundo.

FIN DE LA ETICA.



